

Formalizaciones y discurso metonímico en la sociedad post-ideológica

Donatella Castellani

Donatella Castellani es decana de la
Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad Nacional del Centro de la
Provincia de Buenos Aires.

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 – Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Lo que vamos a exponer aquí son preocupaciones que surgen de una investigación sobre competencia verbal y conceptual de los estudiantes universitarios del ciclo inicial que realizamos en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro. Sin embargo, no vamos a hablar de lingüística y, aun menos, de enseñanza de la lengua, porque la cuestión mucho más urgente que se nos plantea es la de qué clase de sujeto hablante, es decir de sujeto social, se está constituyendo, y cuáles son las condiciones que actúan sobre su constitución.

Como una de las tantas confirmaciones de la globalización, las dificultades que los jóvenes tienen en el uso del lenguaje, en particular en forma escrita, produce desesperación en los sistemas educativos de todos los países, disolviendo en este punto la distancia que separa a primeros de terceros. La televisión, la falta de lectura y la escuela son culpabilizadas, confusa y simultáneamente. Sin embargo, el panorama que se muestra ante nuestra investigación lleva nuestras reflexiones por un camino más de cornisa, que bordea un abismo profundo.

Sin tiempo para exponer aquí las características lingüístico-conceptuales del *corpus* analizado, nos limitaremos a decir que nos encontramos básicamente ante dos tipos de problema. El primero tiene que ver con la *dificultad en ejecutar con el lenguaje operaciones lógicas* tales como la implicación, las relaciones de causa, de concesión, de finalidad, etc.; la inclusión de una clase dentro de otra mayor, la seriación de cadenas causales, la percepción de contradicciones y la posibilidad de manejar conceptos y operaciones abstractas. Por el contrario, la evidencia lingüística muestra un pensamiento anclado en las operaciones concretas, que aún no accedió a la etapa que Piaget llama de las *operaciones proposicionales o pensamiento formal*, en la que una lógica basada en el discurso permite operar con

enunciados verbales y desplegar un pensamiento combinatorio capaz de integrar en un sistema todas las operaciones realizadas hasta ese momento.

Parecería que entre los adolescentes hubiera triunfado la “neolengua” anunciada por Orwell en su 1984, cuya finalidad, como lo recuerda Schmucler en un brillante artículo sobre la declinación de la palabra, era la de “limitar el alcance del pensamiento, achicar el radio de acción de la mente”.

Como lo advierte el propio Piaget, el salto enorme que en la esfera intelectual implica pasar de las operaciones concretas al mundo de los conceptos abstractos expresados en el lenguaje no se produce por el mero efecto de una maduración cronológica sino que requiere la demanda del medio social. Es éste el que debe proponer un ejercicio crítico cuyas condiciones son la exposición de todas las premisas y el desarrollo de todas las hipótesis, en particular las que permiten confrontar discursos contradictorios.

Pero en la sociedad de la globalización esto no ocurre. A pesar de que hace más o menos diez años todos hemos aceptado que han caído los “grandes relatos” que legitimaban y explicaban al mundo, esta aceptación es engañosa porque encubre la persistencia triunfante de un solo discurso, de una sola hipótesis. La conocemos bien, aunque cometamos el error de no considerarla a la altura de los *meta-récits* del pasado. Esta hipótesis, que bajo el nombre vulgar de *eficiencia* equivale a la *performatividad* de la que hablaba Lyotard, es la que nos cuenta que optimizando la relación entre los *inputs* y los *outputs* todo el mundo va a llegar al mayor disfrute individual de bienes y servicios. Poco importa si, en la esperanza de unos, su demostración está simplemente demorada para un futuro potencial y si, en el desencanto de otros, más que de un gran relato, se trata de un “gran cuento”. Lo relevante es que frente a ella ya no hay proposiciones inversas, no hay discurso contradictorio. La eficiencia se levanta como discurso desolador pero incontrastado en la medida en que reintroduce la ilusión de un rumbo universalmente eficaz. Y digamos de paso que si bien esta ecuación entre *inputs* y *outputs* coincide con el mecanismo de la técnica, sigue respondiendo más a la lógica económica de eliminar al competidor que a la lógica tecnológica de eliminar el ruido del canal.

No podemos compartir el análisis de Vattimo, que cree que la sociedad de la comunicación, sociedad opaca, permitió el hundimiento de un punto de vista unitario y el aflorar de visiones del mundo discontinuas. Por cierto, las ciencias, comenzando por la física, sí han cuestionado la capacidad de una mirada unidireccional para explicar el universo. Y también las ciencias sociales ya no piensan el mundo como compacto, sino como una densa trama de diversidades: el reconocimiento de la heterogeneidad como sustancia misma de la cultura ha producido un pensamiento aligerado de determinismos centrales, que puede escapar mejor de la engañosa transparencia de los objetos y reconocer el cuerpo opaco de realidades múltiples. Pero éste sigue siendo un discurso de iniciados, altamente teórico, y no parece corresponderse con lo que ocurre en la comunicación expandida planetariamente. Lo que ha surgido allí son, en rea-

lidad, nada más que ilustraciones de refinado exotismo, como en la novela romántica, pero miradas desde un punto de vista único. La publicidad nos dice que a pesar de costumbres diferentes, en todas partes se usa la misma tarjeta de crédito.

La diferencia entre la guerra de Vietnam y la guerra de Bosnia es que, en Vietnam, además del napalm y la guerrilla, se enfrentaban dos grandes relatos: el de la libertad de espíritu y de mercado con la emancipación por la propiedad colectiva de los medios de producción. Por eso en Vietnam luchábamos todos, en uno u otro bando. En Bosnia, en cambio, nadie sabe bien por qué se lucha: sólo se masacran los cuerpos en directo frente a la mirada atónita del resto del mundo. Si las imágenes de esos cuerpos masacrados son alienadamente transparentes no es sólo por lo que en otro lado¹ hemos llamado la metonimia semiótica de la televisión, la que, al suprimir el corte que en otros índices pone el tiempo entre el signo y el referente, parece dejar al sujeto frente a frente con el objeto, sin mediación de lo simbólico. Es también porque detrás de esa lucha no hay relatos a los que adherir, no hay palabras para confrontar. Por eso estamos delante de lo real-real que es lo indecible.

A pesar de que las formas discursivas de superficie creen la ilusión de una fragmentación de los discursos y de que en verdad la vida de los hombres transita por situaciones muy dispares, el gran relato que pide la adhesión en nuestros días post-utópicos es realmente global. Y aquí sí cabe la metáfora euclidiana que Aníbal Ford ya no admite, y con razón, para la esfera pública y la privada, que hoy son más bien un condominio.² El discurso globalizado es una esfera: por eso no tiene ángulos ni caras contrapuestas. ¿Cómo pedir, en estas condiciones, que los adolescentes ejerciten el pensamiento formal y, con él, constituyan un sujeto descentrado competente para reconocer y ponderar puntos de vista diferentes?

Lo que eventualmente varía entre lo global y lo local es cuando a la hiper-difusión mediática se le une la hiper-disuasión represiva. Los sujetos hablantes de nuestro *corpus*, por su edad cronológica promedio, nacieron en la Argentina de mediados de los '70, y es imposible no recordar que sus etapas iniciales de desarrollo se realizaron cuando la desaparición de 30.000 personas ocurría no sólo en el orden físico sino también en el discursivo. Junto con ellas, un enorme bache de silencio se tragó, en las etapas posteriores, una parte de las hipótesis que pretendían explicar la realidad, dejando en la escena social sólo una única y monótona tesis que no podía ser contrastada. Si el discurso único es siempre censurante³ porque oculta parte de las premisas y presenta agendas y explicaciones preelaboradas que convocan sólo a la modalidad fiduciaria de las respuestas, el discurso uniformado construye además un *sujeto con-*

1.- "Las imágenes-emblema: problemas teóricos y prácticas televisivas de los '90". Exposición en el II Congreso Internacional: "Literatura y Crítica Cultural". Departamento de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Noviembre de 1994.

2.- Aníbal Ford, "Los medios, las coartadas del 'New Order' y la causística", *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad Nacional de Quilmes, Nº 1, Noviembre de 1994.

3.- Eco (1974) llama, poco felizmente a nuestro entender, "discurso ideológico", al que en su recorrido sintáctico oculta parte de los semas contenidos virtualmente en el lexema. Debo, en cambio, a María Luisa Lacroix el concepto de "discurso censurante" y el estímulo a reflexionar sobre sus efectos sociales y psicológicos.

sintiente, cuyo rol actancial es el de la *obediencia debida*, forma autóctona de la *obediencia activa* de la que habla Greimas para los actores discursivos.

Si pasamos ahora al otro gran tipo de problemas que hemos encontrado en los textos podemos caracterizarlo como la *ausencia de constitución de sentido dentro del texto mismo*. Este fenómeno reconoce formas múltiples: en algunas ocasiones, a pesar de no haber logrado aparentemente establecer un significado para expresiones encontradas en la bibliografía, el estudiante traslada lo mismo al texto producido por él materiales verbales, reducidos a la condición de objetos en sí, que no refieren a nada. En otras, elide la expresión de partes fundamentales para el sentido del texto, confiando en que el profesor-alocutario, dueño del saber, construya el sentido fuera del texto mismo.

Para comentar este problema vamos a hacer un breve excursus sobre las condiciones de la producción mediática. La metonimia semiótica, a la que ya aludimos, se acompaña en el discurso televisivo por un orden metonímico en el plano de lo discursivo,⁴ porque la programación ininterrumpida, aun en su fragmentación, es un constante desplazamiento. Y conviene recordar aquí que en *La instancia de la letra*, Lacan propone el algoritmo de la estructura metonímica en el que la conexión ininterrumpida del significante con el significante mantiene la infranqueabilidad de la barra que lo separa del significado, mientras que sólo en la estructura metafórica, en la que un significante sustituye a otro, puede darse el advenimiento de la significación.⁵ Por eso la palabra metonímica es la palabra vacía, la del discurso del psicótico que desarrolla una secuencia ininterrumpida de significantes a los que no puede anclar ningún significado.

Este segundo orden de metonimia discursiva no es sólo propia de la imagen, sino que puede aplicarse a muchas formas verbales de la comunicación (?) mediática. El parloteo incesante, que llena minutos con una cadena ininterrumpida de significantes, y que Greimas caracteriza como negación de la comunicación por estar destituido de información,⁶ es un factor importante de acostumbramiento a la palabra vacía, cuyo cuerpo material no está “en lugar de”, sino que ocupa de por sí un tiempo en la transmisión, un espacio en la hoja.

Pero esta especie de deformación grotesca de la “función poética” de Jakobson, en la que el mensaje se vuelve opaco para mostrarse a sí mismo en su forma material, no puede ser vista fuera de toda la valoración social contemporánea de la palabra: depreciada en su uso pleno, “transparente”, secundaria como transmisora de información y emoción frente a otros signos (imagen, música), la forma lingüística vacía se transfor-

4.- Tomamos el concepto de metonimia en el sentido expuesto por Roman Jakobson (“Deux aspects du langage et deux types d'aphasies”, *Essais de Linguistique Générale*, Minuit, Paris, 1963, pág. 65) y retomado por Jaques Lacan en *La instancia de la letra*.

5.- Roman Jakobson refiere un estudio de Kamegulov sobre el estilo de Uspensky en el que se destaca que, a causa de su extremada metonimia: “le lecteur est écrasé par la multitude des détails dont on l'accable dans un espace verbal limité, et se trouve physiquement incapable de saisir le tout, si bien que le portrait est souvent perdu”. *Op. cit.*

6.- Algirdas J. Greimas, *Semantica strutturale*, Rizzoli, Milano, 1968, pág. 43.

ma en un fetiche, cuya simple exhibición es la llave para obtener cosas valiosas: espacio en la visibilidad pública, ascenso en la escala social o, más modestamente en el caso de los estudiantes, una nota más alta en la evaluación de sus trabajos. La mayor importancia de lo visible frente a lo enunciable, propia de esta postmodernidad, se corresponde con el mayor interés por lo mostrado antes que por lo demostrado. La uniformidad del discurso de la globalización, a la que aludíamos más arriba, no produce una demanda de sopesar críticamente hipótesis sino de valorar al peso la materialidad de los significantes. Como en la Calle de los Plateros en Bombay, en la que los objetos de plata son cotizados por su peso en metal, sin que importe la finura de su modelado ni el valor cultural de sus representaciones, las secuencias de palabras también valen por el espacio que ocupan.

En este marco, la manipulación de expresiones lingüísticas a las que el hablante no parece poder atribuir un significado, pero que igual son incorporadas al propio texto como encontramos en el *corpus* analizado, son, creemos, indicios de valorar la palabra más como objeto cuantificable que como pensamiento estructurado. La metonimia discursiva es, en este sentido, una tendencia a la acumulación cuantitativa por sobre la estructuración conceptual. Si el lenguaje, además, ya no es visualizado como lugar de circulación de objetos de saber, se explica la decadencia de las formas sintácticas, dado que éstas son, en el decir de Greimas, “la única manera de imaginar la captación del sentido y la manipulación de las significaciones”.

Llegados a este punto, no queremos terminar sin aventurar una falsa hipótesis que puede haber surgido de la última parte de nuestra exposición. Otra creencia difundida hoy en día es que la propia tecnología, a causa de los mecanismos de producción de los discursos de los medios, es la que crea las condiciones del sujeto de la comunicación, ya sea éste fractal o se vea favorecido por la insostenible levedad del pensamiento. En una especie de maquinismo intelectual, todos culpabilizamos (o ensalzamos, en el caso de los integrados) a los nuevos telares mecánicos de los multimedia.

Pero nosotros queremos sostener, precisamente, que algunas de las características más nefastas del discurso mediático dependen menos de sus dispositivos de producción que de esa misma homogeneización discursiva del mundo y que, por lo tanto, la pérdida de la plenitud de la palabra en las nuevas generaciones y las formas discursivas actualizadas por las nuevas tecnologías no guardan entre sí una relación de causa-efecto, sino que son ambas epifenómenos que reconocen un mismo origen.

Hemos hablado del discurso metonímico de la radio y la televisión. Un discurso que hablando siempre de otra cosa, habla siempre de lo mismo. Y de nuevo me remito a Ford y a su esclarecedor análisis de la irrupción de la causística, de los *fait divers*, como diría Barthes, en la información, que diluye en el orden de lo casual el orden de lo estructural. Podemos preguntarnos ahora ¿cuáles son las condiciones de surgimiento de este tipo de discurso? La psiquiatría tradicional ya caracterizaba como “delirios floridos” los casos psicóticos que tienen un único discurso, una fijación obsesiva y vuelven y vuelven sobre el mismo tema, pero añadiéndole cada vez ramifica-

ciones y detalles distintos. La literatura también nos da ejemplos de cómo la reiteración permanente de un mismo relato termina desgajándolo en miles de episodios, en bordados nuevos, que no lo cambian pero lo capilarizan incesantemente hasta que se pierde el sentido central que una vez tuvo. Los centones virgilianos, los evangelios apócrifos, el romancero del Cid y las sagas de Orlando o de los caballeros del Rey Arturo son prueba de ese estiramiento inacabable. La metonimia se da cuando falta el corte, la palabra del otro que dice “no”, que impone el límite.

No es casual, quizás, que las Ciencias Sociales se desplieguen hoy sobre la modalidad del Análisis del Discurso. Impotentes para crear otra opción, los intelectuales, tanto apocalípticos como integrados, tenemos hoy la responsabilidad de habernos dedicado, en una metonimia paralela, a analizar incansablemente formas diversas pero de un relato igual. Con eso hemos perdido la iniciativa y nos hemos replegado, para decirlo en los términos de Chomsky, recogidos por Verón, en el lugar del *reconocimiento*, ese lugar donde la gramática del discurso hegemónico y homogeneizado es la que impone su *poder* y crea interlocutores más sujetados que sujetos. Con eso también hemos dejado vacío el lugar de la *producción*.

Temerosos quizás de caer en anacrónicos determinismos fuertes, no logramos hacer frente al desafío de producir un discurso alternativo, que asuma el riesgo de incorporar la multivocidad de lo simbólico y la constante fluidez de las representaciones, pero que, al mismo tiempo, parta de hipótesis contrarias al discurso eficientista y restituya la esperanza de poder diseñar apasionadamente un recorrido diferente.

Hasta que esto no ocurra, no esperemos que el sujeto de nuestros días, abroquelado en la ilusoria certeza de un discurso monolítico, salga de la “pasión por la ignorancia”, como caracteriza Lacan a la posición del yo, y pueda buscar en las escansiones del discurso la significación que, por ahora, lo ha abandonado. ■